

MEDITA CONMIGO

**Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. (Jn 15:1-5).**

En esta metáfora o alegoría que el Señor Jesús usa para enseñar a sus discípulos a todas luces intenta hacer un énfasis que gira en torno a la acción de *permanecer*; en estos diez versos que conforman el tema usa diez veces el verbo permanecer, lo cual nos debe mover a meditar en la profundidad e importancia de la *permanencia*. Después de hecha esta lectura inevitablemente hemos de hacernos la pregunta: ¿Qué significa permanecer en Cristo? o ¿Qué es lo que hace que una persona permanezca en Cristo? Por lo general somos dados a conceptualizar las cosas de fuera hacia dentro, es decir, por el aspecto exterior de ellas; lo cual nos puede conducir a juicios errados, y aún a mantenernos en ellos; si observamos por ejemplo que alguien es dado a andar asiduamente en cosas a las cuales se les suele llamar "las cosas de Dios" damos por sentado que ese alguien es un buen cristiano, y por lo tanto concluir que es alguien que permanece en Cristo; esto no va con el estilo de Jesús, pues en alguna ocasión dijo a los judíos que le atacaban: *No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio* (Jn 7:24); ¿Cómo hemos de entender estas dos últimas palabras de Jesús: Justo juicio, para aplicarlas a lo que ahora nos ocupa? Sin duda juzgar de acuerdo al carácter de Dios expresado en su palabra, ella nos dice que sin fe es imposible agradar a Dios (Heb 11:6), así que este debe de ser el punto de arranque para llegar a buenas conclusiones; comenzamos entonces diciendo que la permanencia ha de ser en el creer, pero de acuerdo también al modo en el que Dios dispuso, esto es con el corazón (Rom 10:10); porque esto es lo justo para Dios; en esta palabra Jesús nos está diciendo: *Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado*, así que si él dice que ya estamos limpios entonces hemos de permanecer creyéndolo; creer que no hemos sido limpiados por nuestras obras, sino por haber recibido su palabra por la fe; y los principios fundamentales que le dan sustancia al Evangelio en los que hemos de permanecer creyendo desde el principio hasta el fin (Heb 3:14) es que Jesús entregó su cuerpo para redimirnos de todos nuestros pecados, que resucitó al tercer día, que ascendió al Padre, y que retornará para que juntos con él reinemos; lo cual no es otra cosa sino que permanezcamos creyendo que si él murió, nosotros también morimos con él (Gal 2:20; Rom 7:4); que si él resucitó, nosotros también resucitamos con él (Col 2:12); que si él ascendió, nosotros también lo hicimos con él (Ef 2:6); que si él dijo que volvería para reinar con nosotros hemos de permanecer esperándolo (Fil 3:20); Ahora bien, esta permanencia de fe es lo único que hará que estemos firmes en la vid, la cual, haciendo fluir por nosotros su savia nos convertirá en pámpanos fructíferos; porque por nosotros mismos ningún fruto podremos llevar; por otro lado, hemos de tener bien claro en qué consiste ese fruto que Dios quiere producir a través nuestro; en primerísimo lugar es al fruto que Pablo se refiere al decir: *Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; ... (Gal 5:22,23)*. Este fruto es el que tiene que ver con la manifestación de un carácter Cristocéntrico en el cual hemos de estar creciendo progresivamente; luego hemos de dar fruto en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2 P 1:8), es decir, abundar en conocerle desde todos los ángulos que las Escrituras nos lo dejan ver; al final el fruto que equivocadamente se pone como el más importante: que otros conozcan a Cristo a través de nuestro testimonio, lo cual no quiere decir: a través de nuestro comportamiento, sino el saber trazar lo elemental del Evangelio a los que no han creído (Hech 20:24; 26:22; 2 Tim 1:8), para que el Espíritu Santo los redarguya de pecado y convirtiéndose crean en el Señor; Cuando vemos las cosas así nos damos cuenta que las cosas de Dios no comienzan de ninguna manera en el exterior, sino en el interior, esto debe ser la causa que genere las cosas externas, como las sanas costumbres de culto, y toda obra que tenga que ver con la ayuda mutua entre los creyentes, y por supuesto las buenas costumbres sociales y urbanas que siempre buscan la asociación con los humildes (Rom 12:16); las cuales jamás adoptan actitudes sectaristas o elitistas (1 Cor 10:27).

Siendo, pues, Jesús la Vid Verdadera no tenemos por qué andar buscando alimentarnos de fuentes humanistas, sino siempre dejándonos nutrir por su savia, la cual es su palabra, por eso dice: *Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, ... (Jn 15:7)*; y si el Padre es el labrador hemos de permanecer dispuestos a que él nos pade de todo lo que no convenga a su carácter; la única razón por la cual un pámpano no da fruto es porque aun cuando pareciera estar pegado en la Vid en realidad no lo está, y su destino será ser quitado para que no estorbe a los que sí permanecen. Esto obviamente no ocurre en los que de corazón han creído, por eso dice el Señor: *Ya vosotros estáis limpios*. Bendito sea mi Señor por el don de la fe que nos ha dado y por ella permanecer en su salvación.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava